

Análisis de la imagen y la cortesía intrasubjetiva en un texto autobiográfico¹

Rudy Mostacero

Centro de Estudios Textuales
Universidad Pedagógica Experimental Libertador
(Maturín, Venezuela)

El propósito de este trabajo es el análisis de la imagen y de la cortesía en un libro autobiográfico de Roland Barthes ([1975] 1978). Para ello tomé una muestra de 18 textos que contienen marcas de discurso intrasubjetivo. El marco teórico proviene de la pragmática (Goffman, 1970; Brown & Levinson, 1987; Haverkate, 1994; Bravo, 1999, 2000, 2004; Álvarez, 2005; Bernal, 2007) y de la teoría de la cultura escrita (Amelang, 2003, 2005; Dekker, 1999, 2005; Bardet & Ruggiu, 2005). Los resultados permiten concluir que el sujeto se presenta con una imagen individual deteriorada y al emplear actos lesivos contra su propia imagen, refleja un caso de autocortesía estigmatizada.

Palabras clave: imagen y cortesía intrasubjetiva, autocortesía, texto autobiográfico.

Self-Image and Intrasubjective Politeness in an Autobiographical Text

The purpose of this article is to analyze self-image image and politeness in an autobiography of Roland Barthes ([1975] 1978). For this, a sample of eighteen intrasubjective-discourse texts were chosen. The theoretical framework is based on Pragmatics (Goffman, 1970; Brown & Levinson, 1987; Haverkate, 1994; Bravo, 1999, 2000, 2004; Álvarez, 2005; Bernal, 2007) and the Theory of Written Culture (Amelang, 2003, 2005; Dekker, 1999, 2005; Bardet & Ruggiu, 2005). The findings lead to the conclusion that autobiographers present a deteriorated image of themselves which as result of this self-inflicted damage reflects self-politeness.

Keywords: intrasubjective image and politeness, prejudicial actions of self-image, autobiographic text.

¹ Este artículo forma parte de la investigación "Intertextualidad y polifonía en un texto autobiográfico de Roland Barthes" que se realizó entre septiembre de 2006 y octubre de 2007, por Rudy Mostacero, investigador adscrito al Centro de Estudios Textuales de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), núcleo de Maturín, Venezuela. La misma ha dado como resultado la publicación de dos artículos: Mostacero (2006) y Mostacero (2009).

Image de soi et courtoisie intrasubjective dans un texte autobiographique

L'objectif de ce travail est l'analyse de l'image de soi et de la courtoisie dans un livre autobiographique de Roland Barthes ([1975] 1978). Pour cela j'ai pris un échantillon de 18 textes qui ont des marques d'un discours intra subjectif. L'aspect théorique provient de la Pragmatique (Goffman, 1970; Brown & Levinson, 1987; Haverkate, 1994; Bravo, 1999, 2000, 2004; Álvarez, 2005; Bernal, 2007) et de la Théorie de la culture écrite (Amelang, 2003, 2005; Dekker, 1999, 2005; Bardet & Ruggiu, 2005). Les résultats permettent de conclure que le sujet se présente avec une image individuelle détériorée et quand il utilise des actes nuisibles vis-à-vis de sa propre image, le sujet, lui-même, reflète un cas d'auto courtoisie stigmatisée.

Mots clés : image et courtoisie intra subjectives, auto courtoisie, texte autobiographiques.

PRESENTACIÓN

Este trabajo es el resultado de un estudio sobre un libro de Roland Barthes. Contrariamente a lo que han sido y son los textos-objeto en los que se basan los análisis de la imagen y de la cortesía, el texto de Barthes no pertenece a la modalidad conversacional, al drama o al discurso político. Es, más bien, un texto autobiográfico, un *ego-documento*, cuya estrategia enunciativa va de la polifonía al desdoblamiento de la persona discursiva (Bajtín, 1982).

Esto es lo que permite asimilarlo, por una parte, a una actividad de imagen y de cortesía intrasubjetiva y, por otra, al ámbito del discurso subjetivo centrado en un *ego*. Se trata del libro *Roland Barthes por Roland Barthes* ([1975] 1978), que para los efectos del análisis se asumirá como un estudio de caso, como un texto testimonial y académico.

El propósito de esta comunicación es múltiple: presentar una síntesis acerca de las teorías sobre la imagen y la cortesía, asociadas con la noción de *face*, propuesta por Goffman, así como las críticas formuladas a la teoría estándar de Brown y Levinson (1987); abordar la imagen y la cortesía como hecho social e individual y cómo se representa en un texto autobiográfico; explicar por qué el enunciador opta por la polifonía y el bivocalismo y, por último, analizar y ejemplificar los casos de autoimagen y autocortesía.

IMAGEN Y CORTESÍA EN EL DISCURSO ORAL Y ESCRITO

El estudio de la imagen y, por consiguiente, de la cortesía, se sitúa dentro de la Pragmática y ésta se puede caracterizar como el análisis de la comunicación intersubjetiva y contextualizada. Es decir, la relación de la lengua con los usuarios y en el discurso conversacional (Mey, 1993; Haverkate, 1994; Bravo, 2000; Álvarez, 2005). No obstante, también se puede agregar la opción de la metapragmática (Reyes, 2002) que aporta un recurso añadido: estudiar la *función reflexiva* o *autorreferencial*. Reyes prefiere llamarla *representación de discurso* (2002, pp. 55-85). Dicha función se puede entender de dos maneras complementarias: como el recurso que emplean los usuarios para aludir al lenguaje mismo, pero también, la operación que utilizan para referirse a sus propios textos o a sí mismos, y, por ende, a su propia imagen: cómo se ven y cómo desean ser vistos por los demás.

Por su parte, Calsamiglia y Tusón (1999, p. 137) señalan que al redactar un texto el enunciador no sólo construye el texto sino que plasma sus marcas en él. Escribe y se inscribe en él. Precisamente, los elementos plasmados pertenecen al mundo de la subjetividad, de las emociones, pero como la comunicación es un intercambio entre por lo menos dos enunciadores, termina siendo una *comunicación intersubjetiva*. En este trabajo me voy a referir, sobre todo, a los *elementos, estrategias y recursos de índole intrasubjetiva*, asociados con la imagen y la cortesía de un *ego*, más aún si el análisis se centra en un libro autobiográfico, esto es, un *ego-documento*, término que será explicado más adelante.

Los estudios sobre la cortesía fueron iniciados por Brown y Levinson en el texto ya clásico de 1987, quienes a su vez se basaban en el concepto de *face* o *imagen social* que había propuesto Goffman (1970), de modo que la cortesía verbal resulta del intercambio de interacciones y de deseos por mantener, reforzar o perder una imagen.

Críticas a la teoría de Brown y Levinson

La teoría estándar de Brown y Levinson ha recibido serias críticas. Por ejemplo, la teoría se fijaba más en el hablante que en el destinatario, privilegiaba una concepción negativa de la cortesía con arreglo a ciertas normas que son típicas del sentir anglosajón, pretendía tener carácter universal, entre otras. Según Brown y Levinson (1987) todo individuo

posee una imagen social que desea mantener cuando entra en contacto con otros.

Asimismo, estos autores concibieron la imagen social como dos deseos que posee el individuo. Un deseo que denominaron *imagen negativa* y giraba en torno a un yo, por lo cual sus actos no podían ser impedidos por otros, su espacio personal no podía ser invadido. El otro deseo dependía de la relación del individuo con los demás, pero para que su autoimagen sea apreciada y aprobada. A esto se denomina *imagen positiva*. Por lo tanto, ambas imágenes están centradas en el hablante, el interlocutor sólo cuenta en tanto pueda proferir *amenazas* a la integridad del primero.

No obstante, estudiosos posteriores no están de acuerdo con la teoría expuesta por Brown y Levinson. Es el caso de Kerbrat-Orecchioni (1996), Bravo (1999, 2000, 2004), Hernández Flores (2002), Kienpointner (2008), para mencionar unos pocos casos. Hernández Flores para definir imagen recurre a los conceptos de *autoestima* y *deseo* (2002, pp. 52 y ss.), como actividades o acciones de intercambio que deben ser mutuamente satisfechas y deben tender a mantener el equilibrio; por eso, prefiere utilizar la traducción que Bravo hiciera del término goffmaniano, *face*, como *actividades de imagen*, que aquí adoptamos.

Igualmente, de Hernández Flores me parece muy pertinente citar el término “Actividades de imagen dirigidas al hablante” (AIDH). Dice que cuando el comportamiento “de un hablante se dirige a su propia imagen destacándola positivamente, y sin que en principio la imagen del destinatario entre en consideración, lo denominaremos a partir de ahora AIDH” (2002, p. 56), mientras que, a diferencia de éstas, las actividades de imagen corteses, las “Actividades de cortesía” (AC), sí están dirigidas a la imagen del destinatario y la destacan positivamente. Para mis propósitos tomaré el primer término.

Del mismo modo, basándose en un punto de vista más bien relativo y en que cada cultura tiene una concepción particular de la cortesía, Bravo (1999, 2001, 2004, entre otros) propuso dos nuevos conceptos: *imagen de autonomía* e *imagen de afiliación*. La primera abarca “todos aquellos comportamientos que diferencian al individuo del grupo, y que refleja cómo desea verse a sí mismo y que los demás lo vean”; el segundo “agrupa aquellos comportamientos mediante los cuales nos identificamos con las características que describen al grupo como tal, y

que reflejan cómo el grupo se experimenta a sí mismo y cómo desea que los demás lo vean” (Bravo, 2000, p. 18).

Para tomar distancia respecto de la concepción “pesimista” de la cortesía, tal como la habían formulado Brown y Levinson, Kerbrat-Orecchioni (1996, p. 54) propuso el término *cortesía valorizante* para aquellas actitudes e imágenes que realzan la imagen social, y esto sustituye con creces la dicotomía brownlevinsoniana.

Por su parte, Kienpointner (2008, p. 25) opina que a los tres factores que según Brown & Levinson determinan la descortesía, esto es, el poder, la distancia social y el contexto, hay que añadir la *relación emocional* entre los interlocutores. El autor asimismo dice que en las interacciones cotidianas los asuntos relativos a la descortesía son tratados como valores: “la evaluación positiva o negativa de ciertos objetos, personas, actos o situaciones necesariamente implica la presencia de emociones”, y por esa razón, “las emociones acompañan a la comunicación humana no como fenómeno periférico, sino como elemento esencial” (2008, pp. 26-27).

El estado emocional del enunciador es importante, sobre todo, en textos donde el yo y su subjetividad se manifiestan abiertamente, como en el caso de las autobiografías. En ese sentido Álvarez (2005, p. 169) sostiene que:

En el uso, la cortesía se manifiesta a través de la modalidad, que a su vez expresa la subjetividad en el lenguaje: hablamos de subjetividad porque la modalidad remite a la relación del locutor con su mensaje o con su interlocutor o interlocutores y viene a conformar el sentido del enunciado.

No obstante, la teoría tanto sobre la imagen como sobre la cortesía se ha referido, invariablemente, a la relación interpersonal, propia de las producciones verbales recíprocas entre un *ego* y un *alter*. Por eso, es una teoría que ha marcado un énfasis particular en el estudio del *discurso conversacional e intersubjetivo*. En la próxima sección trataré de demostrar que imagen y cortesía también están presentes en la perspectiva intrasubjetiva de los textos autobiográficos, cuando la intención y el propósito de un *ego* son los de expresar su imaginario.

De lo intersubjetivo a lo intrasubjetivo en la imagen y en la cortesía

Si los estudios en torno a la imagen se han volcado a la relación interpersonal y dialógica, entonces no debe resultar extraño que se plantee un estudio de la imagen y de la cortesía, pero centrado sólo en *ego*. En este caso el comportamiento de *ego* se entendería, como opina Álvarez (2005, p. 29), citando a Watts, como “el enaltecimiento (*enhancement*) de la autoestima de *ego* así como de su estatus público en los ojos de *alter*”. No sólo se daría una significación enaltecedora, sino que *ego* también puede autodenigrarse. La cuestión está en que se admita la existencia de un comportamiento centrado en *ego*, digamos egocéntrico, que concedería mayor preponderancia al *ethos discursivo* (Amossi, 1999, Kerbrat-Orecchioni, 1986, Maingueneau, 1999, Andarcia, 2006) y, por consiguiente, al *discurso monológico y autobiográfico*.

Pero ya sea que se trate de imagen o de cortesía *intrasubjetiva*, ésta puede tener una doble lectura. La persona que se autoenaltece o se autodenigra, lo puede hacer con sinceridad. Es decir, la sinceridad le sería inherente². Sin embargo, existe una segunda interpretación. Un *ego* que se enaltece puede ser percibido como presuntuoso, arrogante, jactancioso, en una palabra, interesado en ser tomado en cuenta e, incluso, insincero; en cambio, alguien que se autodenigra puede ser considerado con baja estima, de bajo perfil. Es decir, la evaluación entraña la percepción de una persona sincera o insincera, arrogante o de baja estima, cuestiones que están aún por ser estudiadas, especialmente en el discurso monológico.

Por consiguiente, estoy postulando un estudio de la imagen y de la cortesía fuera del discurso dialogado. Más aún, si la premisa de una categoría individual, centrada particularmente en *ego*, esté implícita en muchos teóricos de la cortesía dialogada. Ya citamos las Actividades de imagen dirigidas al hablante (AIDH), de Hernández Flores (2002, p. 56) y ahora agrego los llamados “autoembates contra la propia imagen” que Sopena (2008) estudió en pacientes que recibían asistencia psiquiátrica. Bernal (2007), dentro de las *actividades de autoimagen* que identifica en algunas intervenciones de uno de sus informantes, Gabriel, no sólo

² Al sugerir el estudio de contenidos socioculturales peculiares, sobre todo para la cortesía en español, Bravo (1999) recomendaba interesarse por los “principios de confianza, independencia personal, generosidad, ayuda y reciprocidad, valor de la sinceridad” (p. 8). Igualmente, en los escritos del ámbito privado (*écrits du for privé*) Bardet y Ruggiu (2005, p. 33) reconocen un ingrediente esencial: la sinceridad.

reconoce ese estatus, sino que las relaciona con una *autocortesía*, término postulado por Chen, que es citado por Bernal:

Este tipo de actividad no se trata en rigor de una actividad de cortesía, a no ser que admitiéramos la existencia de una autocortesía en la línea de lo postulado por Chen (2001: 88), que habla de una cortesía orientada hacia el hablante mismo en situaciones en que la necesidad de proteger o realzar la propia imagen influencia lo que uno dice y el modo en que lo dice (Bernal, 2007, p. 39).

Esta autora considera –como casi todos los especialistas– la cortesía entre dos o más sujetos; no obstante, desliza la posibilidad de una autocortesía enfocada en *ego*. Igualmente, indica que dentro de la cortesía reparadora están las autocríticas (*comentarios autodenigratorios*), esto es, el comportamiento de reparación que un hablante hace “ante el comentario negativo que algún interlocutor se dirige a sí mismo” (2007, p. 121).

Un *ego* que se autodenigra está utilizando, según Sopena (2008), “Actos contra la imagen” (ACI), actos lesivos. Esta autora señala que si los principios de cortesía de Leech, de Lakoff o de Brown y Levinson, recomiendan no importunar al otro, todo lo contrario, ofrecer alternativas y ser amable y amigable, se pregunta: ¿por qué no evitar los ACI que constituyen “autoasaltos” o “autoembates verbales” contra la propia imagen? Por mi parte sostengo que, si existen normas de cortesía para con el otro (“No importunar”, “No molestar”, “No hacer bromas pesadas”, “Ser cortés y amable con los demás”), también deberían existir normas de autocortesía donde *–me* expresaría una acción del enunciador para consigo mismo: “No molestarme”, “No hacerme mala sangre”, “No embromarme” (como se dice en Venezuela), “ser cortés y amable *conmigo mismo*”, entre otros.

Un ejemplo de ACI lo proporciona el propio Barthes al hacer un comentario breve, pero de tipo lesivo: “Toda mi vida, políticamente, me he hecho mala sangre” (F 139, p. 138), lo cual se interpreta como un ejemplo de autocortesía denigratoria. Otros ejemplos, cuando alguien dice o piensa para sí mismo: “¿Por qué seré tan torpe con las mujeres?”, “¿Cuándo aprenderé a no meter la pata?”.

En la sección Imagen y cortesía individual en un texto autobiográfico de este artículo trataré de mostrar la existencia tanto de una imagen como

de una auto-cortesía individual en un *ego-documento*, como es el libro de Barthes que nos ocupa. Para ello es necesario definir imagen individual como el auto comportamiento o comportamiento reflejo de un enunciador para consigo mismo, del cual se puede derivar una imagen favorable (enaltecedora) o desfavorable (autodenigratoria). Defino auto-cortesía (valorizante o denigratoria) como la auto evaluación del desempeño verbal propio, de cómo se ve a sí mismo y cómo desea ser visto por un lector potencial. En ambos casos predomina la auto presentación y la auto representación del yo en el discurso autobiográfico. Sin embargo, antes de entrar en el análisis, explicaré qué es un *ego-documento*, cómo se da el bivocalismo en el texto de Roland Barthes y cuál es la metodología.

POLIFONÍA Y BIVOCALISMO EN UN *EGO-DOCUMENTO*

¿Qué es un *ego-documento*?

Se debe a Bajtín (1982, p. 250) el haber introducido en la década de 1930 el término “género cotidiano” (primario o secundario) que más adelante se consolidará en el marco de los estudios sobre el discurso. Los géneros primarios se relacionan directamente con la realidad y con la oralidad, en cambio los secundarios son más complejos y se vinculan con la escritura (Bajtín, 1982, p. 254), por ejemplo, los escritos científicos, los literarios, los periodísticos. Esto es válido para un libro como el de Barthes.

Ahora bien, cuando el enunciador expresa su subjetividad estamos ante un *ego-documento*, al cual hemos aludido reiteradamente³. El término proviene de los especialistas que estudian textos antiguos depositados en archivos; por lo tanto, se trata de historiadores de la cultura escrita, de paleógrafos, de historiadores de la lengua. Y ahora habría que agregar a los que investigan la cortesía, los textos monológicos son una buena fuente de imagen y cortesía intrasubjetiva. Según Amelang (2005, p. 17) fue el historiador holandés Jakob Presser quien acuñó el término en 1958 “para designar la diversidad de las formas de expresión escrita de los sentimientos y expresiones personales” y Dekker (2002, 2005) lo

³ La categoría *ego-documento* comprende una gran variedad de textos: monólogos, historias de vida, confesiones, diarios, entrevistas de consulta médica y terapéutica, interrogatorios policíacos, juicios orales, monólogos de discapacitados y enfermos mentales, entre otros. Bardet y Ruggiu (2005) agregan los libros de familia y los libros de razón que se usaron en Francia, los diarios de campaña, los cuadernos de viaje, las memorias, las crónicas personales, etc.

consolidó para designar la expresión escrita de los sentimientos, del imaginario en general, de las emociones.

Un *ego-documento* es, según Amelang (2005, p. 17), “un texto, de cualquier forma o tamaño, ‘en el que se esconde o descubre deliberada o accidentalmente un *ego*’ “. Un *ego* es alguien que habla o escribe en primera persona o que utiliza paródicamente (como en el caso de Barthes) las otras personas del discurso, aunque todas remitan a una primera voz confesional. Schulze (2005, p. 111) afirma: “Por *ego-documento* se entiende la línea de investigación ... sobre las fuentes que hacen referencia a la imagen que dan de sí mismos los seres humanos, en la que predominan ante todo los textos autobiográficos”. Pero a lo que dice Schulze se pueden añadir ciertos escritos del área académica y periodística, como el ensayo, la entrevista, la narración oral, la poesía, los artículos sobre discurso político, entre otros, donde la expresión de la subjetividad, de la emotividad, de los prejuicios o de los estereotipos, deja al descubierto la opinión y el posicionamiento del enunciador.

Los interesados por estos estudios pertenecen a varios países europeos: Italia, Holanda, Alemania, Inglaterra, Portugal, España. Chartier (2002) estudió la historia del libro, de la lectura y la escritura en la Edad Moderna; Amelang (2003) exploró las autobiografías de los artesanos europeos; Dekker (1999) indagó sobre la memoria y la autobiografía en Holanda, mientras que Castillo Gómez (1999, 2005) lo hizo en la historia social de la escritura durante el Siglo de oro español, para mencionar unos pocos ejemplos.

En conclusión, es provechoso integrar los estudios de los especialistas sobre *ego-documentos* con los aportes que han hecho los pragmáticos y analistas del discurso, especialmente en lo que respecta al interés de conocer las modalidades expresivas de las actividades de imagen y cortesía, aún más, si se puede acceder a un tipo de textos, llámese discurso monológico, *ego-documento*, *écrits du for privé* (Bardet y Ruggiu, 2005), que representan una novedosa área de investigación. En otras palabras: cortesía y autocortesía, discurso intersubjetivo y discurso intrasubjetivo.

El bivocalismo como estrategia metapragmática

En *Roland Barthes por Roland Barthes* el enunciador se auto-presenta constantemente, nos da una imagen de sí, de cómo se percibe y cómo quiere que lo veamos. Para ello recurre a varios recursos metapragmáticos,

por ejemplo, la parodia, la autocita, el *bivocalismo*, la *metáfora*, entre otros, que forman parte del carácter multimodal del discurso (Reyes, 2002, lo llama *representación de discurso*).

A pesar de que los recursos de reproducción discursiva son variados, me voy a referir a uno solo, ya que es la fuente de su imaginario y de su imagen personal. Se trata del bivocalismo o desdoblamiento de la voz. Consiste en la auto presentación de dos maneras complementarias: el sujeto se muestra a sí mismo como poseedor de muchas voces y las emplea todas (deixis de persona); recurre a la autocita. Barthes utiliza todos los pronombres personales para referirse a sí mismo, de modo que la modalidad enunciativa predominante es la polifonía. De la primera persona a la tercera, singular o plural, el *ego* se expresa con un juego de voces, como queriendo enmascarar su yo autobiográfico. Y se interpreta como un pseudo enmascaramiento porque se trata, más bien, de un juego verbal que forma parte de su teoría sobre la escritura.

En algunos casos, en un mismo fragmento, sólo emplea una persona (sea la 1ª, la 2ª o la 3ª), lo cual suma el 78,85 % ; la cifra desciende a 17,63 % cuando usa dos personas y se llega a un 3,52 % cuando en el mismo fragmento utiliza tres o más personas. En esto consiste el carácter polifónico, ya que todas las personas sirven para que un mismo sujeto se presente autobiográficamente. Pero ¿qué frecuencia de aparición tiene cada persona discursiva por separado en el libro de Barthes? Eso se explica en la Tabla 1:

Tabla 1. Frecuencia de uso de las personas discursivas (según la clasificación de Calsamiglia & Tusón, 1999)

Personas Discursivas	F	%
Tercera Persona	191	67,49
Tercera Persona Indefinida	7	2,47
Primera Persona Singular	74	26,14
Primera Persona Plural	2	0,71
Nosotros Colectivo	3	1,06
Nosotros Inclusivo	3	1,06
Segunda Persona	3	1,06
Totales	283	100,00

Fuente: Mostacero (2009).

Se aprecia, en primer lugar, el uso muy frecuente de la tercera persona (67,49 %) y de la primera persona singular (26,14 %). Esto es inesperado tratándose de un texto autobiográfico donde se supone que el primado lo debería tener la primera persona. En segundo lugar, detrás del juego lúdico está el juego paródico. Este ejercicio metapragmático nos permite inferir que quien escribe está manipulando el discurso, el *continuum* de la deixis personal, pero también indica que ejerce la escritura como placer, para encubrir o descubrir su yo, para abrir y expandir el placer del texto (Mostacero, 2006, p. 136).

En conclusión, el uso multimodal del discurso nos asegura que *Roland Barthes por Roland Barthes* es un texto autobiográfico y desde un fondo de espontaneidad y sinceridad podemos captar las marcas de su imaginario y de su imagen personal, condición necesaria para analizar las actividades de cortesía, como se hará más adelante.

METODOLOGÍA Y ESTRUCTURA DEL LIBRO

Para el tipo de análisis que pretendo realizar, seleccioné de las dos primeras partes del libro, todos los textos y fotografías donde aparecen menciones explícitas de representación del discurso intrasubjetivo. Cada porción se constituye en una unidad de análisis pragmático y metapragmático y se identificará como “Textos breves” (TB) y “Fragmentos” (F). Este último término forma parte de la terminología barthesiana, al igual que *biografema* (ver n. 3), que se explica por sí solo. En total la muestra está conformada por 18 unidades de análisis que fueron ordenadas siguiendo un criterio de implicación mutua. Para la teoría y el análisis me basé tanto en los estudiosos de la imagen y de la cortesía (Goffman, 1970; Brown & Levinson, 1987; Bravo, 1999, 2001; Hernández Flores, 2002; Kienpointner, 2008; Bernal, 2007; Sopeña, 2008, entre otros), como en los teóricos de la cultura escrita (Dekker, 2002; Amelang, 2003; Schulze, 2005; Bardet y Ruggiu, 2005).

Ahora bien, para facilitar el acceso del lector al conocimiento del libro es necesario hablar, previamente, de su estructura. *Roland Barthes por Roland Barthes* se publicó en 1975 (Editions du Seuil, París) y Julieta Sucre lo tradujo al español tres años después (Monte Ávila Editores, Caracas, 1978). Para el análisis he utilizado la versión caraqueña. El libro consta de tres partes. La primera contiene una autopresentación y una

presentación del libro, más 53 fotos familiares y personales acompañadas de textos breves. La segunda, la más extensa, reúne 227 escritos cortos que generan muchísimas conexiones intertextuales y que el mismo autor denomina *fragmentos*. En cambio, la tercera es variada: combina datos biográficos y bibliográficos, un índice de temas y autores, una lista de ilustraciones y el índice general.

IMAGEN Y CORTESÍA INDIVIDUAL EN UN TEXTO AUTOBIOGRÁFICO

Para comprender la autoimagen barthesiana e, implícitamente, la significación de la cortesía individual, es necesario acceder a los atributos de su imagen personal. Ésta está contenida y concebida a partir de las instantáneas de su imaginario, las cuales aparecen nombradas así desde las primeras páginas.

(1)

Para comenzar –escribe R. B.–, he aquí algunas imágenes: ellas son la porción de placer que el autor se otorga a sí mismo al terminar su libro. Es un placer de fascinación ... Tengo que reconocer que son sólo las imágenes de mi infancia las que me fascinan.

Dichas imágenes son “*las figuraciones de una prehistoria del cuerpo, de ese cuerpo que se encamina hacia el trabajo, hacia el goce de la escritura*”.

El imaginario hecho de imágenes se detendrá entonces en el umbral de la vida productiva (que para mí fue la salida del sanatorio): Y entonces aparecerá un imaginario distinto: el de la escritura (TB1, pp. 5-6).

Las imágenes a las que se refiere son las 53 fotos que se insertan al comienzo del libro, acompañadas de pequeños textos y donde ya aparecen algunos *biografemas*⁴ importantes: el imaginario, recuerdos infantiles, la tuberculosis, la teoría sobre la escritura, etc. Y hay una evaluación positiva explícita, un placer de fascinación, todo lo cual proporciona una primera imagen enaltecedora. Obsérvese, asimismo, el variado uso de las personas discursivas. No obstante, el clima favorable cambiará abruptamente.

⁴ El término aparece en el F109 (p. 117), titulado: “Pausa: anamnesias” o recuerdos infantiles, nada menos que 16 recuerdos, todos placenteros, muy reveladores de sus gustos y preferencias.

(2)

Mi infancia no fue desdichada gracias al afecto que me rodeaba, pero fue, sin embargo, bastante ingrata debido a la soledad y a las dificultades materiales (TB1, p. 5).

Una cosa es decir, por ejemplo, “Mi infancia fue dichosa”, que decir, “Mi infancia no fue desdichada”, ya que en el segundo enunciado se está afirmando con una negación. E, inmediatamente, un intensificador borra la primera afirmación y nos informa acerca de dos motivos por los cuales fue, más bien, infeliz. A partir de aquí el autor hace confesión de sinceridad y empieza a sumar rasgos negativos para configurar una imagen que terminamos percibiendo como enfermiza y débil, y donde, al parecer, se constata la carencia de una imagen paterna dominante. Las fotos de las páginas 14 y 15 contienen textos (TB7 y 8) donde se afirma que ni el abuelo paterno ni el materno “sostenían ningún discurso”. Incluso, su padre “no aparecía en ningún discurso del recuerdo o del sacrificio” (TB11, p. 19), porque murió en la guerra antes de que Barthes cumpliera un año.

Quiere decir que la identificación sexo/ línea paterna carecía de sustentación, ya que “En las familias de mis abuelos maternos y paternos el discurso pertenecía a las mujeres. ¿Matriarcado?” (TB9, p. 16). Obsérvese que se trata de la tenencia de un discurso que puede significar debilidad o poder. Debilidad, si el niño Barthes no halló un referente masculino para afianzar su carácter; poder, si en sus afectos y personalidad prevaleció la imagen femenina que pudo moldear, probablemente, un manera de ser tímida y retraída.

(3)

*¿De dónde vienen? De una familia de notarios de la Haute-Garone. Ya estoy provisto de una raza, una clase. La foto, de archivo policial, lo prueba. Ese joven de ojos azules, de codo pensativo, será el padre de mi padre. Última estasis⁵ de este descenso: mi cuerpo. El linaje terminó por producir **un ser para nada**.* (TB15, p. 23, el subrayado me pertenece)

⁵ **Estasis**. (Del gr. στάσις, detención). f. Med. Estancamiento de sangre o de otro líquido en alguna parte del cuerpo (*Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, versión digital, 2007).

Este es el comentario que Barthes hace de su abuelo paterno que aparece en una foto familiar. El comentario está dirigido al abuelo, entonces joven, pero también se refleja en él. La conclusión es que el linaje “*terminó por producir un ser para nada*”, es decir, inútil, insignificante, contrario a la idea que tenemos de un intelectual influyente. Lo subrayado por mí contiene una identificación negativa, lo que Sopena (2008) llama “acto contra la imagen” (ACI), que va más allá de la imagen, hacia la autoestima y la autocortesía.

(4)

De mi pasado es mi infancia lo que más me fascina: sólo ella, al mirarlo, no me hace lamentar el tiempo abolido. Pues no es lo irreversible lo que en ella descubro, sino lo irreductible, todo lo que está todavía en mí, por acceso: en el niño, leo a cuerpo descubierto el reverso negro de mí mismo, el tedio, la vulnerabilidad, la aptitud para las desesperaciones (afortunadamente plurales), la conmoción interna, cercenada desgraciadamente de toda expresión. (TB18)

Este texto es alusivo a otra foto de su niñez (p. 26) donde nuestro autor se asigna un nuevo ACI. Emplea la metáfora de la moneda en la cual el anverso es la infancia fascinante y la adultez (“el reverso negro”) está caracterizada por varias cualidades temperamentales negativas. Y hasta hay un sentido sarcástico en torno a las desesperaciones (“afortunadamente plurales”). Dichas cualidades lo acompañaron toda la vida, como se lee en el siguiente texto:

(5)

De niño, me aburría a menudo y mucho. Esto empezó visiblemente muy temprano, continuó toda mi vida, por rachas (cada vez más infrecuentes gracias, en verdad, a los amigos y al trabajo), y es algo que siempre se me notó. Es un aburrimiento aterrizado que llega al desasosiego: así es el que siento en los coloquios, las conferencias, las veladas en el extranjero, las diversiones en grupo: en todas partes donde el aburrimiento es visible. ¿Será el aburrimiento mi histeria? (TB20, p. 28)

Barthes nos habla de un “aburrimiento aterrizado que llega al desasosiego”, increíblemente, en eventos académicos de su competencia como semiólogo, cuando formaba parte del grupo estructuralista más

prestigioso: Lévi-Strauss, Lacan, Foucault, ente otros. Este texto acompaña a tres fotos (pp. 28-29), de niño sentado en la yerba y como adulto en un recinto de conferencias y en una mesa redonda. Evidentemente, se trata de un nuevo ACI, que incide en la percepción de su naturaleza psicológica. Pertenece a las dolencias psicológicas y físicas, como los casos siguientes que examinaré a continuación, pero que corresponden a la sección de los fragmentos (en el libro entre las pp. 47 y 169).

(6)

Mi cuerpo sólo me existe a mí mismo bajo dos formas corrientes: la jaqueca y la sensualidad. (F32, p. 66)

Este fragmento aparece en la p. 66. La jaqueca es la migraña, enfermedad que padeció toda la vida, cuyo testimonio aparece en la p. 136: *“Me he acostumbrado a decir jaqueca (migraines) en vez de dolores de cabeza (tal vez porque la palabra es hermosa). Esta palabra inadecuada ... es una palabra socialmente justa: la jaqueca, atributo mitológico de la señora burguesa y del hombre de letras, es un hecho de clase”* (F135). Por otra parte, la sensualidad se identifica con el placer intelectual, con el goce de los sentidos, elemento que actúa como contrapeso en muchos lugares del libro. Por ejemplo: *“Mi cuerpo sólo está libre de todo imaginario cuando reencuentra un espacio de trabajo. Este espacio es en todas partes el mismo, pacientemente adaptado al goce de pintar, de escribir, de clasificar”* (TB36, pp. 42-43). Si la migraña lo aquejó toda la vida y el aburrimiento lo asediaba hasta en sus actos profesionales, ahora revisaré el F34 donde matiza una reflexión con el humor, sobre un pedazo de su cuerpo:

(7)

Voy a contar lo que hice una vez con mi cuerpo: en Leysin, en 1945, para hacerme un pneumotórax extrapleural, me quitaron un pedazo de costilla, que luego me devolvieron solemnemente envuelto en un pedazo de gasa medicinal ... Durante mucho tiempo guardé en una gaveta ese pedazo de mí mismo, suerte de pene óseo parecido al asa de una chuleta de cordero, sin saber qué hacer con él, sin atreverme a deshacerme de él por temor a atentarse contra mi persona ... Pero luego, un día ... arrojé la costilla con sus gasa desde lo alto del balcón, como si dispersase románticamente mis propias cenizas, hacia la calle Servandoni, donde seguramente vendría algún perro a olfatearla. (F34, p. 67)

Está relatado en primera persona y tiene un final reparador, el toque humorístico contribuye a minimizar la imagen irónica de su costilla, que había llamado “*suerte de pene óseo parecido al asa de una chuleta de cordero*”. En el texto que sigue y que acompaña a una copia de una hoja de temperatura (p. 39), de cuando estuvo internado en el sanatorio, se aprecia una relación paródica entre cuerpo, tuberculosis y hoja de temperatura, pero además, se cierra con un estigma implícito. El texto a la letra dice:

(8)

(Todos los meses pegaban una hoja nueva a la anterior; al final, se podían medir por metros: forma paródica de escribir su propio cuerpo en el tiempo). Enfermedad indolora, inconsistente, enfermedad limpia, sin olores, sin ‘eso’; sin otra señal que su tiempo, interminable, y el tabú social del contagio: en cuanto a lo demás, uno estaba enfermo o curado, en forma abstracta, por un puro decreto del médico; y, en tanto las otras enfermedades desocializan, la tuberculosis, en cambio, nos arroja dentro de una pequeña sociedad etnográfica con algo de tribu, de convento y de falansterio: ritos, prohibiciones, protecciones. (TB32, p. 39)

A diferencia de F34, cambia el uso de las personas discursivas: se inicia con una narración despersonalizada, emplea el indefinido (“**uno** estaba enfermo”) y concluye con la primera persona plural inclusiva (“**nos** arroja dentro de una pequeña sociedad”). Dice sentirse pertenecer a una comunidad discriminada, estigmatizada, que tiene algo de tribu, convento y falansterio. Es decir, la sensación de confinamiento, de clausura. Los tres lugares poseen connotación negativa, además del “tabú social del contagio”. Enfermedad limpia, pero socialmente estigmatizada. Asimismo, pertenecer a tres comunidades estigmatizadas.

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, “falansterio” posee tres acepciones. De ellas se desprende que quien habitaba, trabajaba y vivía en alguno de los falansterios que había soñado Fourier, el socialista utópico francés de principios del siglo XIX, estaba condenado a vivir hacinado. Como en un *ghetto*. Además en la autoimagen negativa, creo ver un significado de *afiliación negativa* en el sentido de Bravo (1999, 2000), de pertenencia a un grupo excluido y minoritario. En ese sentido, el fragmento de la página 39 se vincula con el F146 (p. 143) que expresa dicha afiliación, pero de manera más clara, aunque utilice la forma impersonal:

(9)

Puede observarse el origen de esta crítica en la situación minoritaria del propio R. B.; siempre ha pertenecido a alguna minoría, a alguna marginalidad –de la sociedad, del lenguaje, del deseo, del oficio y aun, antaño, de la religión [...]; esta situación no tiene nada de inexorable, pero sí marca un poco toda la existencia social. (F146, pp. 142-143)

Barthes declara haber pertenecido, “siempre”, a alguna minoría, a alguna marginalidad, que marcó varias etapas de su existencia. No obstante, introdujo una atenuación, un marcador de atenuación (“marca *un poco* toda la existencia social”), que se convierte en un elemento reparador de la imagen.

Ahora bien, si estamos frente a una autoimagen de afiliación negativa (Bravo, 1999, 2001) y a un individuo que se dice pertenecer a un grupo minoritario y marginal, esto también puede verse como un caso de *imagen social deteriorada*. El término lo he tomado de Álvarez (2005), quien a su vez, lo elaboró a partir de lo que Brown y Levinson le habían atribuido a la imagen positiva. Álvarez considera que el deterioro se puede deber a “alguna marca no aceptada, un signo corporal malo o poco habitual, un estigma” (2005, p. 111).

Ahora bien, dentro de la construcción de la imagen de su propio *ego*, Barthes nos está transmitiendo una evaluación negativa por sentirse pertenecer a alguna minoría. Esto lo interpreto como autocortesía estigmatizante, atentatoria de su imagen de académico. Además, se complementa con este nuevo acto lesivo, cuando escribe:

(10)

Toda mi vida, políticamente, me he hecho mala sangre. (F139, p. 138)

Creo que esto confirma, tanto en el plano de la imagen como de la cortesía intrasubjetiva, una autoevaluación denigratoria. Por último, para conocer dos aspectos más de la imagen barthesiana voy a citar los fragmentos 6 (p. 50) y el TB39 (p. 197), que dicen:

(11)

Por la pobreza, fue un niño desocializado, aunque no desclasado: no pertenecía a ningún medio [burgués] ..., no participaba de los valores de la burguesía ...;

participaba sólo de su arte de vivir. Este arte subsistía, incorruptible, en medio de las crisis pecuniarias; conocía, no la miseria, pero sí los apuros económicos, o sea: el terror de los fines de mes, el problema de las vacaciones, de los zapatos, de los libros escolares y aun de la comida. (F6, p. 50)

Ni la piel, ni los músculos, ni los huesos, ni los nervios, sino lo demás: un eso palurdo, fibroso, peludo, deshilachado, la hopalanda de un payaso. (TB39, p. 196)

El primer fragmento refuerza el sentir de una infancia y de una existencia llena de limitaciones materiales, además de las enfermedades y de su baja autoestima. El segundo, en cambio, está construido sobre un esquema contrastivo: no esto, pero sí lo otro, que esconde un recurso atenuador. Es lo que R. B. escribe al final de su libro, como último fragmento, en la página 196, frente al dibujo de un sistema arterial y venoso que, casualmente, lo relaciona con su tuberculosis. La auto percepción ahora es devastadora, centrada en un epíteto indeterminado, por la presencia del sustantivo (“un **eso** palurdo”). A este término, ya de por sí despiadado, le siguen cinco nombres más que aluden a los tejidos y la apariencia degradante del dibujo, pero también a la imagen grotesca de un payaso (“**la hopalanda de un payaso**”). Son cinco intensificadores de un efecto que no son nada considerados ni corteses con su propia valorización.

Barthes en la página 115, F105, había escrito: “*El esfuerzo vital de este libro es poner en escena un imaginario*”. Yo diría que nos entregó una auto representación sincera a partir de un discurso autobiográfico, quizás metaforizado, quizás desde el punto de vista de un intelectual de su estatura, pero al fin y al cabo, natural y sincero. No obstante, en ese discurso entraba “*todo lo que quiero escribir de mí mismo y que a fin de cuentas me resulta embarazoso escribir*” (F105, p. 116). Así fue como nos dejó sus marcas o biografemas, sus confesiones, las modalidades subjetivas y académicas dentro de una variedad textual que hemos llamado ego-documento. Es decir, un discurso que no trasciende a un enunciatario, a un interlocutor directo, como ocurre durante la conversación, sino a un lector posible y potencial. Así quedaron plasmadas las marcas de un enunciador nada común, pues se trata de la autoimagen y de la autocortesía de uno de los semióticos más originales de los años 70.

CONCLUSIONES

Luego de un somero recorrido por las teorías sobre la imagen y la cortesía puedo constatar dos observaciones importantes. Primero, la mayoría de los estudios se basan en el discurso conversacional donde lo preponderante es la relación entre un *ego* y un *alter*, es decir, una *teoría intersubjetiva de la cortesía*. Segundo, esto ha sido poco investigado en el discurso escrito y, mucho menos, en los textos autobiográficos. Por eso, mi propósito estuvo orientado a indagar las actividades de imagen y cortesía cuando están centradas en un *ego*. Ése es el caso del libro *Roland Barthes por Roland Barthes* que, de acuerdo con la metapragmática y la teoría de la cultura escrita, nos han permitido abordarlo como un *ego-documento*.

Complementariamente a lo que se hace en un análisis pragmático de la conversación, aquí me he interesado, solamente, por el *plano intrasubjetivo del discurso escrito*. Un comportamiento egocéntrico que se fundamenta, asimismo, en actos de sinceridad como una condición discursiva inherente y necesaria. Caso contrario, el enunciador podría falsear su discurso, podría ocultar o deformar la información, podría incluso utilizar ciertas licencias como se hace en el discurso literario. Hay necesidad de estudiar estos casos. Sea como fuere, el lector puede evaluarlo como un *ego* que se enaltece o que se denigra, que es sincero o que hace uso de recursos retóricos.

Ahora bien, constatamos que el libro de Barthes es, efectivamente, un *ego-documento*. Pudimos demostrar que el enunciador descubre su imaginario y la percepción de su imagen personal. Por momentos es la de un intelectual, pero por otros, sobre todo, la de un yo que se confiesa, aun cuando no deje de enmascarar su voz. El resultado fue revelador. Dicha estrategia indica que, por una parte, el sujeto emplea la *representación metapragmática del discurso* y, por otra, que desde el punto de vista del estilo de escritura manipuló la *deixis de persona*. Lo anterior es una manera novedosa de encarar un discurso autobiográfico. Además, basándose en una teoría del fragmento como placer, que se reitera en el libro y que fue motivo de dos estudios anteriores, Barthes se presenta de dos maneras complementarias: primero, como poseedor de muchas voces (polifonía, bivocalismo, Mostacero, 2006) y, segundo, a través de muchas relaciones intertextuales (Mostacero, 2009).

El análisis se basó en una muestra de 18 textos que fueron extraídos de la totalidad de la obra, algunos de los cuales son textos breves alusivos a fotos (TB) y otros pertenecen a la parte más extensa, los fragmentos (F). Dentro de esta muestra sólo los tres primeros segmentos, que aparecen en la presentación del libro (pp. 5-6), apuntan a la construcción de una imagen individual positiva, enaltecida o, como la llamó el propio autor, con un poder de fascinación por la infancia. El resto descubre y reitera los motivos familiares (por ejemplo, la pérdida del padre, la ausencia de una figura masculina influyente) o personales (como la soledad, el tedio, la migraña, las dificultades económicas), que determinan efectos negativos tanto en su esfera cognitiva como social. De esta forma el sujeto se auto presenta con una *imagen individual deteriorada y desfavorable* que, a la postre, se puede asimilar, por un lado, a una *imagen social estigmatizada* (Álvarez, 2005) y, por otro, a una *estrategia discursiva de afiliación a una minoría* (Bravo, 1999, 2001).

Del mismo modo, otro de los resultados encontrados reveló la existencia de varios ACI (Sopeña, 2008), que atentan no sólo contra su propia imagen, sino también contra su autoestima y ello se interpreta como la permanencia de ángulos débiles en su identidad emocional y social (el aburrimiento, la migraña, la tuberculosis, etc.). Lo anterior se refleja en la autoevaluación como persona y como intelectual, ya sea porque se siente pertenecer a una minoría que padece una enfermedad con estigma, ya sea porque se siente pertenecer a un grupo social discriminado (“con algo de tribu, de convento, de falansterio”). Sin embargo, en algunos casos utiliza recursos para atenuar el impacto de la enfermedad y su discriminación. Barthes recurre a la ironía y al humor, pero sobre el soporte de la escritura, armado de una teoría de la escritura que le puede garantizar un acceso al placer y a la liberación del imaginario. Eso ocurre porque Barthes como buen semiólogo manipula el lenguaje, juega con el imaginario, trata de abolir la realidad, aunque sus límites sean sólo el metalenguaje o el discurso autobiográfico.

REFERENCIAS

- Álvarez, A. (2005). *Cortesía y descortesía*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.
- Amelang, J. (2003). *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*. Madrid: Siglo XXI.

- Amelang, J. (2005). De la autobiografía a los ego-documentos: un fórum abierto. *Cultura Escrita & Sociedad*, 1, 17-18.
- Amossi, R. (Comp.) (1999). *Images de soi dans le discours. La construcción de l'ethos*. París: Delachaux et Niestlé.
- Andarcia, R. (2006). Origen y tendencias del estudio del *ethos*: de Aristóteles al análisis del discurso. *Textura*, 8, 29-42.
- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bardet, J. P. & Ruggiu, F.-J. (2005). Los escritos del ámbito privado en Francia: orígenes científicos, objetivos y funcionamiento de un grupo de investigación. *Cultura Escrita & Sociedad*, 1, 28-39.
- Barthes, R. ([1975] 1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Caracas: Monte Ávila.
- Bernal, M. (2007). *Categorización sociopragmática de la cortesía y de la descortesía*. Estocolmo: Stockholm University.
- Bravo, D. (1999). ¿Imagen 'positiva' vs. imagen 'negativa'? : pragmática sociocultural y componentes de *face*. *Oralia*, 2, 155-184.
- Bravo, D. (2000). *Cortesía en español. Negociación de face e identidad en discursos académicos*. SIIS II: 1-6. Consultado el 16 de septiembre de 2007 en <http://www.ispla.su.se/iis/Siisesp.htm>.
- Bravo, D. (2001). Sobre la cortesía lingüística, estratégica y conversacional en español. *Oralia. Análisis del discurso oral*, 4, 299-314.
- Bravo, D. (2004). Tensión entre universalidad y relatividad en las teorías de la cortesía. En D. Bravo & A. Briz (Eds.), *Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía en español* (pp. 15-37). Barcelona: Ariel.
- Brown, P. & Levinson, S. (1987). *Politeness. Some universal in language use*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cultura Escrita & Sociedad* (2005). Revista del Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre la Cultura Escrita (SIECE), 1, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- Calsamiglia, H. & Tusón, A. (1999). *Las cosas del decir*. Barcelona: Ariel.
- Castillo Gómez, A. (1999). *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*. Barcelona: Gedisa.
- Castillo Gómez, A. (2005). *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en el Siglo de oro*. Madrid: Akal.
- Chartier, R. (2002). *El mundo como representación*. Madrid: Gedisa.
- Dekker, R. (1999). *Childhood, memory and autobiography in Holland: From the golden age to romanticism*. Basingstoke: Macmillan.
- Dekker, R. (Ed.) (2002). *Egodocuments and history: Authobiographical writing in its social context since the middle ages*. Hilversum: Verloren.
- Dekker, R. (2005). Otro 'pacto autobiográfico'. *Cultura Escrita & Sociedad*, 1, 62-66.

- Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción. Ensayos sobre el comportamiento cara a cara*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Haverkate, H. (1994). *La cortesía verbal: un estudio pragmalingüístico*. Madrid: Gredos.
- Hernández Flores, N. (2002). *La cortesía en la conversación española de familiares y amigos*. Estocolmo: Publikation fra Institut for Sprog og Internationale Kulturstudier Aalborg Universitet, distribuido electrónicamente por el Programa EDICE (www.edice.org).
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1986). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1996). *La conversation*. Paris: Seuil.
- Kienpointner, M. (2008). Cortesía, emociones y argumentación. En A. Briz, A. Hidalgo, M. Albelda, J. Contreras, & N. Hernández Flores (Eds.), *Cortesía y Conversación: de lo escrito a lo oral*. (pp. 25-52). III Coloquio Internacional del Programa EDICE. Valencia: Universidad de Valencia.
- Maingueneau, D. (1999). L'éthos dans l'analyse du discours. En R. Amossi (Comp.), *Images de soi dans le discours*. Paris: Delachaux et Niestlé.
- Mey, J. (1993). *Pragmatics: an introduction*. Oxford: Blackwell.
- Mostacero, R. (2006). Persona y subjetividad en un ego-documento: el caso Roland Barthes. *Lingua Americana*, X (19), 128-140.
- Mostacero, R. (2009). Intertextualidad y parodia en un ego-documento: el caso Roland Barthes. *Lingua Americana*, XIII (25), 43-59.
- Real Academia de la Lengua Española (2007). *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (Microsoft Encarta, versión digital).
- Reyes, G. (2002). *Metapragmática: lenguaje sobre lenguaje, ficciones y figuras*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Schulze, W. (2005). Sobre el significado de los ego-documentos para la investigación de la Edad Moderna. *Cultura Escrita & Sociedad*, 1, 110-113.
- Sopeña, E. (2008). La cortesía bien entendida empieza por uno mismo. Estudio de la (des)cortesía en el ámbito de la psicoterapia cognitiva. En A. Briz, A. Hidalgo, M. Albelda, J. Contreras, & N. Hernández Flores (Eds.), *Cortesía y Conversación: de lo escrito a lo oral* (pp. 343-354). III Coloquio Internacional del Programa EDICE, Valencia: Universidad de Valencia.

SOBRE EL AUTOR

Rudy Mostacero

Magíster en Lingüística y cursante del Doctorado en Pedagogía del Discurso (Universidad Pedagógica Experimental Libertador, UPEL, Venezuela). Profesor Titular, ex Coordinador del Subprograma de Maestría en Lingüística y del Centro de Estudios Textuales (UPEL, núcleo de Maturín). Director-Editor de la revista *Textura*. Pertenece al Programa

de Promoción al Investigador, Nivel I. Ha realizado investigaciones en las áreas de psicolingüística, oralidad, semántica, análisis del discurso y didáctica de la escritura, áreas en las que ha publicado artículos y ha sustentado ponencias y conferencias. Tiene dos libros publicados: *Tendencias y derivas de la semántica del siglo XX* (Mérida: Vicerrectorado de Investigación y Postgrado de la UPEL, 2007) y *Caripe: historia cotidiana y oralidad* (Maturín: Gobernación del Estado Monagas, 1990).

Correo electrónico: rudymostacero@gmail.com

Fecha de recepción: 15-02-2010

Fecha de aceptación: 27-04-2010